

Recordar, compartir, aprender

Castellón

Rosario del Carmen García, 66

Bárbara Tárrega, 21

“DICEN QUE SOY UNA MADRE CORAJE”

Carmen vive desde hace quince años por y para sacar al menor de sus tres hijos de la heroína. Adicción que empezó con sólo 19 años y cuya última consecuencia es la cárcel. Circunstancia que no sólo no la ha hundido, sino que ha hecho de ella una mujer más fuerte y valiente.

Distan ya 15 años desde aquel 18 de febrero en el que Carmen se enterase de que el menor de sus tres hijos, David, era adicto a la heroína. Era a principios de los noventa. Mientras la cocaína copaba ya gran parte del mercado de la droga, en el pueblo de Carmen hacían mella los últimos coletazos de la heroína, droga símbolo de rebeldía de una generación, la de los ochenta, heredera de los profundos cambios políticos, económicos y sociales de la reciente Transición. Droga, que aunque comúnmente se asociaba a la marginación y a la pobreza en las grandes urbes, dejaba notar sus efectos entre el grupo de amigos del hijo menor de Carmen.

La noticia creó gran conmoción en el seno de la familia de Carmen, ¿Cómo había podido sucederle a ellos? ¿Cómo había sido ajena al problema durante tanto tiempo? Ella, maestra local y fuertemente involucrada en la vida social del pueblo ¿Cómo había sido posible que no se enterara de lo que estaba pasando en el núcleo de su familia? La respuesta de la familia fue inmediata. David, con sólo 22 años, se convertía en una de las más de 20.000 personas que en ese 1992 fueron tratadas por primera vez de esta adicción. Tratamiento que por aquel entonces, recuerda Carmen, se reducía al médico y a una psicóloga. Pocos recursos, que implicaron una fuerte colaboración de todos. Largas noches en vela a los pies de la cama de su hijo, acompañarlo a todos los sitios... el ejercer de vigía constantemente. A todo esto, se añadía el reconocer públicamente la dependencia de su hijo, el soportar las habladurías de los vecinos de su pueblo. Ella, que siempre había formado parte activa de la vida social de su pueblo.

Tras meses de esfuerzo las cosas parecían mejorar. David continuaba con el tratamiento y el “mono” era cada vez más llevadero. Ya se movía sólo, había empezado a trabajar. Carmen veía por fin el final de ese largo y oscuro túnel. Pero sus peores temores resurgieron el día en el que bajo el asiento del coche encontró un trozo de pastilla del tratamiento. David lo había dejado. Con la vuelta a su antiguo ambiente, las drogas habían vuelto a su vida. “Tanto esfuerzo en vano”, pensó Carmen hacia sus adentros.

Con el tiempo, la situación familiar fue tensándose y David, pese a los temores de su madre, se emancipó. A partir de ese momento las entradas y salidas a la casa fueron constantes. David se iba, pero siempre volvía a los brazos de su madre. Carmen tuvo que ver a su hijo en grave estado de degradación física y psicológica. Él era consciente del problema, quería salir. Probaron todos los tratamientos posibles, acudieron a cuantos sitios les recomendaron, todos los programas existentes: UCA (Unidad de Conductas Adictivas), Proyecto Hombre, Proyecto Amigó... Y sí, los tratamientos funcionaban, pero con la vuelta a la rutina todo volvía. Carmen tuvo que vivir el infierno en el que se metió su hijo. Y ver cómo el mono, esa necesidad constante y cada vez mayor de meterse algo para aliviar la angustia, iba consumiendo a su pequeño.

Una madrugada sonó el teléfono, era la policía. Su hijo había sido reconocido cómplice de un atraco. Lo habían detenido, pero no era la primera vez. Durante la vista del juicio, fue inculcado y condenado a casi seis años de cárcel por acumulación de delitos menores y causas que todavía están pendientes. En la actualidad David ha pasado ya dos años en prisión. Padece hepatitis C, enfermedad que, al asociarse con una anorexia nerviosa, casi acaba con su vida. Se pasa doce horas al día en el patio desde que le quitaron el taller de cerámica. Carmen va a visitarlo. Habla con él por teléfono constantemente.

Ella está conforme con que su hijo debe pagar si hizo algún daño. No quiere pensar en el futuro, prefiere vivir el presente. Saber que su hijo se está recuperando le basta. El dolor va por dentro. Tiene miedo, no quiere que David pase a ser un número más que engrose las estadísticas sobre muerte y drogodependencia como ya hicieron algunos de sus amigos.

La segunda semana de mayo recibió una carta de su hijo, era por el día de la madre. En el sobre un mensaje de su hijo en el que ponía “frágil”. Carmen con mucho cuidado abrió el sobre. Y al sacar las hojas, de

Recordar, compartir, aprender

entre los papeles cayeron varios pétalos de rosa. Pétalos que en su carta David decía, eran el regalo y agradecimiento por tantos años de apoyo, amor y cariño. Carmen no sabe como acabará todo, si conseguirá volver a verle libre. De la cárcel y de las drogas. Pero, pese a todo, se siente afortunada por la familia que le ha tocado. Por su labor de cada día. Ha sido la mejor madre que ha podido. “Dicen que soy una madre coraje”, afirma con una sonrisa. “Si tuviera que vivirlo otra vez, -dice - no sé si lo afrontaría del mismo modo, pero si con la misma fuerza”. Fuerza y voluntad que, aunque reconoce minan con el paso del tiempo, han hecho de ella una mujer valiente. Una de tantas otras madres que lucharon por sus hijos, por su vida y por la libertad.

LO QUE IMPORTA DE LA VIDA

La vida no había preparado a Carmen para los problemas a los que tuvo que enfrentarse.

Ha tenido una vida activa. Como buena mujer de su tiempo se casó y tuvo hijos, a los que intentó inculcar sus mismos valores. Compaginó su tarea familiar con su trabajo como maestra en la escuela local, e incluso buscó tiempo para dedicarse a colaborar en las actividades sociales de su pueblo, en las que aún continúa involucrada.

Cuando se enteró, hace ya 15 años, de la seria dependencia de su hijo a la heroína, Carmen, de todos los caminos posibles, eligió el más comprometido. El de estar a su lado ayudándole y apoyándole, involucrándose de lleno por ayudarlo sin importarla, el qué diran.

Han pasado muchas cosas, mucho tiempo. La lucha le ha dado vida, le ha permitido conocer un mundo al que era totalmente ajena. Ha descubierto otras maneras de vivir y ha aprendido que hay que respetar la vida y las decisiones del prójimo, aunque no se esté de acuerdo con ellas. A sus 67 años mira hacia atrás, y se ve más fuerte, valiente y comprometida. Ha hecho todo lo que ha podido, y pese a que el problema sigue ahí, piensa que ha merecido la pena. Quince años de esfuerzo, 15 años invertidos, 15 años que ni mucho menos considera tiempo perdido sino tiempo recibido.